

Teresita! y ¡qué bendiciones para ellos, que sin repararlo representaban á toda la América á los pies de la Santa!...

Don Lorenzo no era ya el arrogante mozo conquistador que se despedía de la joven carmelita de la Encarnación: volvía cargado de penas y cuitas, más que de años y achaques; pero encontraba en su hermana un serafín en carne mortal, que había de ser su consuelo y guía, tan diestra y eficaz que en poco tiempo le haría subir á la altura de la perfección cristiana y entrar en el cielo aun antes que ella misma. Desde este día la vida de Don Lorenzo de Cepeda se enlaza íntimamente con la de Santa Teresa de Jesús.

Facsimile de la firma de Lorenzo de Cepeda, hermano de Santa Teresa, en el Archivo de Indias (Sevilla).



CAPÍTULO IV.

TERESITA, SOBRINA DE SANTA TERESA.

LA huerfanita que llegaba de las Indias á España, iba á encontrar en su tía una verdadera madre para el cuerpo y el alma. Todas la conocen y aman desde entonces, en la Orden del Carmen, bajo el nombre de Teresita, quien será después la Madre Teresa de Jesús, la primera carmelita americana, heredera de la sangre, del nombre, y en parte, de la santidad de la Reformadora del Carmelo. Esta misma nos ha trazado en breves y delicadísimos rasgos la pequeña historia de su sobrina durante los siete años que la tuvo consigo. Nuestra tarea, en lo relativo á este tiempo, se vuelve por lo tanto más fácil y agradable; pues ya no nos toca sino engarzar las perlas finas de la Santa Madre en nuestro hilo tosco de pita india. Pero no será por demás decir antes algo sobre la infancia de Teresita.

La primera hija de Don Lorenzo de Cepeda, tanto más querida cuanto más deseada, nació en la ciudad de San Francisco de Quito, el viernes 25 de octubre del año 1566, de tres á cuatro de la mañana. La bautizó, el 4 de noviembre siguiente, el canónigo Hernández de Soto, cura de la iglesia mayor ó catedral, y fueron sus padrinos Hernando de la Parra y Doña Francisca Corral. Este dato preciso y precioso nos lo conservó el prolijo amor paterno, que llevó desde Quito copia de la partida bautismal, cuyo original está hoy perdido, y la dejó en San José de Ávila,

guardándose desde entonces en el archivo de este monasterio hasta el día¹. Gobernaba á la sazón la diócesis de Quito su segundo obispo, el docto y virtuoso dominicano, Ilmo. Señor Don Fray Pedro de la Peña, y era primer presidente de la Real Audiencia el licenciado Don Hernando de Santillán.

El nombre de Teresa se le puso incontestablemente por recuerdo y amor de la venerable Madre su tía, que debió saber á los pocos meses el nacimiento de esta su sobrina y tocaya, la cual quiso Don Lorenzo llevarse no sólo el nombre bautismal sino aun el apellido de su hermana: y por esto la niña se llamaba Teresita de Ahumada, y no de Cepeda, como se ha dicho después al uso moderno.

Podemos también conocer de cierto en qué casa nació la primera carmelita americana, y ésa no es otra que la del actual convento de monjas dominicanas de Santa Catalina de Sena, que pertenecía seguramente á Lorenzo de Cepeda en el año de 1567, que el rey le hizo merced de un dedo de agua, la que aun hoy sigue saltando en el patio del monasterio, corriendo el remanente á abastecer una fuente pública para todo aquel barrio². Esta casa, que veinticinco

¹ Véase en el Apéndice el núm. VI.—El baptisterio en que fué bautizada Teresita no estaba donde está el actual, sino á un lado debajo de la torre de la catedral. «Es de bóveda, sobre que está fundada la torre superior... y dentro están los santos óleos, en alhacena adornada, y todo el espacio de imagería al óleo, y la pila de piedra curiosamente labrada» (Relación del Ilmo. Dr. D. Agustín Ugarte Saravia, obispo de Quito, al rey Felipe IV, en 1650).

² Véase en el Apéndice el núm. VII. «El monasterio de Santa Catalina de Sena se estableció, pues, en la casa donde nació la primera religiosa ecuatoriana, la ilustre Teresa de Cepeda... Parece indudable que la iglesia de este monasterio está construída donde era la casa del hermano de Santa Teresa» (Ilmo. González Suárez, obra citada, t. III, p. 297). Con venia de nuestro historiador diremos que Teresita fué la primera carmelita ecuatoriana y aun americana, pero no la primera religiosa ecuatoriana, habiéndole precedido en tan noble carrera la M. María de Jesús Taboada, fundadora del monasterio de la Concepción de Quito, y sus

años después había de convertirse en sagrado claustro de las esposas de Jesucristo y templo del mismo Jesús sacramentado, había sido, antes de la conquista española, el *Acclahuasi*, ó casa de las escogidas, de las vestales quiteñas ó vírgenes del Sol, á quien estaban consagradas y adoraban, como canta el poeta.

Al brillar su esposo
Detrás del monte alzándose, en tributo
De gratitud un cántico armonioso
Le ofrecen, á la par del delicioso
Olor de los perfumes y las flores;
Y al ocultar sus últimos fulgores
Del sombrío Pichincha tras la cumbre,
Vuelve el canto divino, y la sagrada
Del aurífero altar vívida lumbre
Consumen nuevamente la preciada
Ofrenda de odoríferas resinas¹.

No parece sino que el Señor se complacía en escoger y determinar el sitio y el instante en que había de ver la luz del día esa primera flor, dada por la joven América á la antigua Orden de los profetas, y de María Santísima, que entonces empezaba á renovarse y reflorar. Pues aun el momento histórico en que nació la primera carmelita americana, quedó marcado para siempre en los anales de su patria por la primera y espantable erupción del volcán Pichincha de que haya memoria, acaecida el 17 de octubre de 1566, con su terrible repetición un mes después².

Apenas un año gozó la tierna infanta de las caricias maternas, una vez que en noviembre de 1567 falleció Doña Juana de Fuentes, su piadosa madre, quien, entregando en

jóvenes compañeras, contemporáneas de Teresita: esta fundación se realizó en 1577, y Teresita (aunque tomó el hábito de carmelita en 1575) no fué propiamente religiosa sino desde su noviciado en 1581.

¹ Juan León Mera, «La Virgen del Sol», leyenda indiana.

² Coincidencia notable es que la segunda erupción del Pichincha sucedió en el año de 1575, en que D. Lorenzo de Cepeda y sus hijos partieron á España.

manos de la Providencia divina á su hijita, deseaba tal vez, sin atreverse á esperarlo, que tuviese ella el destino que tuvo. La chica debió criarse en medio de los halagos paternales, no menos que de las tristezas de la viudez de Don Lorenzo: era servida por las indias domésticas de su casa, bajo el cuidado de alguna mujer española de virtud y confianza¹. Su educación, no sólo religiosa, sino intelectual, fué tan esmerada cuanto lo permitían las circunstancias de la nueva ciudad, donde aún no existía siquiera un monasterio de monjas. Sin embargo, Teresita aprendió y se ejercitó á leer y escribir, antes de su viaje á España; y aunque hubo de perfeccionarse entre las carmelitas, compréndese que las primeras lecciones fueron muy buenas, ya que la forma de su letra, redondeada, pequeña, igual y elegante, como se ve en sus autógrafos, se aventaja á la de su santa tía, letra grande, muy rápida y enrevesada, bien conocida de todos los que han venerado sus manuscritos ó visto el fotografiado de ellos.

Además de la doctrina cristiana, la lectura y la escritura, la chica sabría algo de la aritmética ó de la cuenta, como entonces se decía, y poseería algunas frases del quichua, idioma de las indias con quienes trataba.

Los últimos años de la infancia y residencia de Teresita en América, creemos con mucho fundamento que los pasó en otra casa, que su padre había adquirido, probablemente después de la muerte de su llorada esposa: estaba situada junto á la esquina de la plaza mayor de la ciudad, y poco después de su ida á España se convirtió en el primer monasterio del reino de Quito, dedicado á la Inmaculada Concepción de Nuestra Señora².

¹ ¿No sería tal vez la misma sobrina de D. Lorenzo é hija de D. Jerónimo, Juana de Cepeda?

² Este primer monasterio de la Concepción se fundó en 1577, es decir, dos años después del viaje de D. Lorenzo de Cepeda. «La casa en que

Ya hemos narrado el viaje de Don Lorenzo y sus hijos, durante el cual precisamente se realizó también el de Santa Teresa con sus compañeras desde Veas hasta Sevilla, para la fundación en esta ciudad. Habíanse alojado las carmelitas en una casa pequeña y húmeda, que les tenía alquilada el Padre Fray Ambrosio Mariano, en la calle de las Armas, cerca de una puerta de la villa. Allí estaban viviendo con toda suerte de privaciones y zozobras, cuando á mediados de agosto se verificó la entrevista de la Santa con sus hermanos y sobrinos. Por todos ellos se interesó mucho desde ese momento, pero ninguno le mereció más afectuosa solicitud que su huérfana sobrinita. Ya sea por deseo de la misma chica ó pedido de su padre, ya por insinuación espontánea de la tía, lo cierto es que á los pocos días entró Teresita á quedarse con las monjas, vistiendo su hábito y viviendo su pobre vida.

Cedemos aquí la pluma á una mano femenina y de carmelita, la cual nos cuenta lo que sigue con todo el donaire francés de su dueño.

«Por grande que fuese la solicitud de nuestra Santa para con su familia, Teresita sola la ocupaba y embelesaba más que los otros. Era, en efecto, una niña encantadora, graciosa y bonita como su madre, un ángel de inocencia, naturaleza delicada y escogida, que requería cuidados par-

nació Teresa de Jesús, fué de sus padres y hoy es monasterio de la Concepción, según consta de una escritura pública otorgada por las Madres de este instituto, en 10 de julio de 1614. En ella se expresa que el presbítero Manuel Yáñez, natural de Guadalcanal, dejó en 1575 tres mil pesos para que se fundara en Quito aquel monasterio, con la condición de que para este objeto se comprasen las casas que fueron de D. Lorenzo de Cepeda, á quien las compró Pedro Martín Montanero. Las monjas declaran haberse cumplido esta condición y fundádose en dichas casas el monasterio» (*Pablo Herrera*, l. c.). Que esta casa fué de D. Lorenzo es indudable; pero no lo es menos que lo fué también la de Santa Catalina, y por el documento citado por nosotros se ve que habitaba allí en los años que nació Teresita y murió D^{ña} Juana de Fuentes.

ticulares. No tenía entonces más que ocho años, y su razón, su entendimiento estaban muy por encima de su edad. Desde que conoció á su tía la amó con todo el ardor de su corazón, y no podía separarse de ella. Teresa, mirando á esta pobre niñita sin madre, rodeada solamente por su padre, hermanos y sirvientes, mucho deseara educarla ella misma. Las inclinaciones de Teresita persuadíanle que no era propia para el mundo; mas ¿sería posible introducirla en el Carmelo? La clausura tiene leyes severas, y no por su sobrina habríase dispensado nuestra Santa de observarlas. Felizmente el Padre Gracián intervino. Envió la orden de recibir á Teresita y guardarla en los monasterios de la Reforma hasta que llegase á la edad exigida para profesar, si tal fuese su voluntad. Teresa le manifiesta su gratitud por esto, de tal manera que nos da á entender cuánto avaloraba este favor.

«Llamóse, le escribe, al doctor Henríquez para lo de Teresita, que es de los mejores letrados de la Compañía. Dice, que entre otras cosas que le enviaron de el Concilio, declaradas de una junta que hicieron los cardenales para declararlas, fué ésta: que no se puede dar hábito de menos de doce años; mas criarse en el monesterio sí. También lo ha dicho fray Baltasar el dominico. Ya ella está acá con su hábito, que parece duende de casa, y su padre que no cabe de placer; y todas gustan mucho de ella; y tiene una condicioncita como un ángel, y sabe entretener bien en las recreaciones, contando de los indios y de la mar, mejor que yo lo contara. Holgádome he, que no les dará pesadumbre. Ya deseo que vuestra paternidad la vea. Harta merced la ha hecho Dios, y bien lo puede agradecer á vuestra paternidad. Creo se ha de servir de que esta alma no se críe en las cosas del mundo. Ya veo la caridad que vuestra paternidad me ha hecho, que, dejado de ser grande, el ser de manera que no quede con escrúpulo, ha sido muy mayor.» [Carta del 27 de septiembre de 1575.]

«Teresita se quedó, pues, al lado de nuestra Santa, que le sirvió de madre. Por su piedad candorosa, por sus progresos, gracia y alegría inagotable, había de ser en adelante el mejor solaz de Teresa y uno de los gozos del Carmelo.»¹

La residencia de Teresita en los monasterios del Carmen, vestida ya con su hábito de carmelita y observando la regla en la medida de sus fuerzas infantiles, no fué como de novicia, toda vez que le faltaba la edad canónica, sino como donada y educanda, hasta que diese principio al año de noviciado.

Por unos instantes más parémonos á atisbar al duendecito de casa. ¡Cómo charla, en medio de las Madres castellanas, en su lengua matizada de uno que otro americanismo, y les comunica sus impresiones de niña por la selva virgen de la zona ardiente y por el mar océano, y les describe á su modo el aspecto y las costumbres de los indios, y les pinta cosas para ellas desconocidas, plantas² y animales, nevados perpetuos y encendidos volcanes! Era la florecilla ecuatorial junto á la excelsa palmera de la católica España.

Otras veces ya no era autora sino espectadora del entretenimiento. En cierta ocasión, estando con la santa Madre en la hora de recreo, «vió que sus monjas hicieron una representación tan viva y fervorosa del martirio, que ella, como era muy niña, se espantó tanto, como si fuera verdadero aquel acto, que hubieron de esconderla.»³

Esta compañía de la amable Teresita fué un leve consuelo que el Señor brindó á su esposa, en aquellos meses

¹ Histoire de Sainte Thérèse, d'après les Bollandistes, t. II p. 106.

² Léanse estas frases curiosas de Santa Teresa en carta á la priora de Sevilla (julio de 1577): «Los cocos recibí: es cosa de ver. El que viene para mí está muy aliñoso.... Las Hermanas se holgaron mucho de ver el coco y yo también. Bendito sea el que lo erió, que cierto es de ver.»

³ Segunda declaración de la Hermana Teresa de Jesús, en 1610.

tan angustiosos de su estada en Sevilla, cuando se veía sin casa y sin más recursos que los socorros de su hermano y del buen prior de la Cartuja, denunciada á la Inquisición, expuesta á mil murmuraciones y calumnias; cuando presenciaba con terror la oposición tenaz de la Orden antigua del Carmen, con su general á la cabeza, contra la Reforma de los descalzos, y cernerse ya sobre éstos la persecución violenta cual tempestad deshecha y devastadora.

No nos incumbe la penosa tarea de referir esta como guerra intestina en la venerable y merítisima Orden de Nuestra Señora del Monte Carmelo: en ninguna parte se pueden conocer los hechos y ponderar las razones más imparcialmente que en los libros y correspondencia de la Santa. Entonces comenzó para ella ese martirio ó agonía de siete años consecutivos, con que terminó su vida y se cimentó para siempre la gloriosa Reforma de los carmelitas. Tan sólo nos toca ahora considerar á Don Lorenzo de Cepeda como el cirineo y discípulo de su hermana, y á Teresita como su hija espiritual predilecta.

Don Lorenzo había venido de Indias «bien flaco y malo»¹; no bien se hubo repuesto algún tanto, se encaminó á la Corte, para rendir homenaje al rey y granjearse su buena voluntad y mercedes. De allí pasó á visitar su ciudad natal de Ávila y negociar algo allí; mas regresó pronto, á principios del invierno, «harto malo» dice la Santa; y luego «ya está sin calentura; no negoció nada, mas como lo que tenía aquí está ya seguro, bien tiene con qué pasar. Al verano ha de volver, que no era ahora tiempo.»²

En lo espiritual, ya hemos visto cómo desde su viudez se había dado á llevar una vida más recogida y ascética:

¹ Carta de Santa Teresa á una parienta, 24 de octubre de 1575.

² Á la M. María Bautista, priora de Valladolid, 30 de diciembre de 1575.

llegó al punto de sentirse impulsado á abrazar el estado religioso, y esto lo comunicó á su hermana, abriéndole su conciencia y corazón, cual á endiosado y experto director. La Santa, con su juicio y prudencia acostumbrados, comprendió que no eran más que veleidades, le disuadió de esta tentación de lo mejor, incompatible con el desempeño de sus más estrictos deberes de padre, y empezó á enseñarle el camino seguro de alcanzar la perfección cristiana. Dió un corte, como se debe dar en tales casos; y por esto á su prima carmelita la Madre María Baptista, priora de Valladolid, en la carta arriba citada, le dijo categóricamente: «La frailía de mi hermano no fué adelante, ni lo será.» En otro capítulo estudiaremos despacio la dirección espiritual dada por la Santa á su hermano.

Asistamos por ahora más bien á una reunión agradable de familia, en que debió de gozar mucho Teresa de Jesús. Su hermana Doña Juana de Ahumada y el marido de ésta, Don Juan de Ovalle, sabedores del arribo de Don Lorenzo, de quien tantos favores habían recibido, se vinieron desde Alba de Tormes á Sevilla, con sus hijos Gonzalo y Beatriz, para saludarlo y servirlo á su vez, manifestándole su gratitud. Las dos hermanas con los dos hermanos y los respectivos hijos, formaron un grupo en que el afecto recíproco y el amor de Dios animaban todas sus conversaciones familiares y expansivas. Teresa rebosaba de contento en esos ratos, y lo participaba á su parienta, la priora de Valladolid, á fines de aquel año: «Mi hermano», le dice, «está contentísimo con su hermana y con Juan de Ovalle (mas tal le regalan y contentan), y ellos mucho de él. No ha venido aquí sino un ratico, y así no le he dicho de esotro; mas creo que no haré más de decírselo y él hacerlo.... Juan de Ovalle está extremado de bueno con él, los niños no acaban de loarlo.... Y así los tengo á ellos (Ovalle y su mujer) tan amistados con él, que espero en Dios han de

ganar mucho, y él no pierde con ellos, porque tiene descanso.»

Con todo, la Santa sabía sacrificar á su tiempo el afecto fraternal; y á la priora su prima, bastante austera y escrupulosa en esto como en otras cosas, le respondía, de chanza y luego en serio: «Hale dado que estoy lisiada por ella (Teresita) y por mi hermano, y no hay sacárselo de la cabeza; y sí había de estar si fuera otra, según son. Mas mire que tanto, que con cuanto le debo, me he holgado de que esté retraído, porque no venga acá mucho. Y es verdad que embaraza él algo. Que aunque esté, en viniendo nuestro padre ó alguien, que le digo que se vaya, y es como un ángel. No porque le dejo de querer mucho, que sí quiero; mas querríame ver sola.»¹

Estos consuelos de familia eran el pequeño lenitivo de las grandes amarguras que sufría la santa Madre, condenada como desobediente por el capítulo general de la Orden tenido en Placencia de Italia, y constreñida por el Reverendísimo Padre Rossi, General de la misma, á escoger uno de sus monasterios y quedarse allí, como en una cárcel, sin ir á visitar los otros ni hacer nuevas fundaciones. A su carísimo superior y padre de su alma, Fray Jerónimo Gracián, le veía expuesto como visitador á la rebelión y encono de los carmelitas calzados. Y por colmo de pesares, se le hacía imposible encontrar una casa para sus hijas en Sevilla, que se le desgarraba el corazón sólo en pensar dejarlas en tierra extraña sin hogar ni amparo. En este conflicto le sirvió de nuevo como instrumento de la Providencia divina, con decidido empeño y abnegación, su hermano, de quien ha puesto sobrio é inmortal elogio en el magnífico libro de sus fundaciones. «Fué Dios servido que viniese entonces de las Indias un hermano mío,

¹ Carta á la M. María Baptista, 29 de abril de 1576.

que había más de treinta y cuatro años que estaba allá, llamado Lorenzo de Cepeda, que aun tomaba peor que yo en que las monjas quedasen sin casa propia. Él nos ayudó mucho, en especial en procurar que se tomase en la que ahora están.»¹

Esto, sin embargo, no se pudo realizar sin gravísimas dificultades y ensayos infructuosos ó inconvenientes. Al fin concertó Don Lorenzo una hermosa casa, en la calle entonces llamada de la Pajería, hoy calle de Zaragoza, por seis mil ducados, saliendo él mismo de fiador. «Por cierto yerro que se hizo en la escritura», refiere la Santa, «como fué tan apriesa, y era en mucho daño del monesterio, y como era fiador, queríanle prender; y como era extranjero, diéranos harto trabajo.» Estaba, pues, retraído, ó asilado, en el convento del Carmen de los descalzos, en Triana. «Y aun así nos le dió», prosigue la Santa, «que hasta que dió hacienda en que tomaron seguridad, hubo trabajo: después se negoció bien, aunque no faltó algún tiempo de pleito, porque hubiese más trabajo. Estábamos encerradas en unos cuartos bajos, y él estaba allí todo el día con los oficiales, y nos daba de comer, y aun harto tiempo antes; porque, aún como no se entendía de todos ser monesterio, por estar en una casa particular, había poca limosna... Estúvose más de un mes, á lo que creo, que en esto de los días tengo mala memoria, y así podría errar: siempre entendido poco más ó menos, pues en ello no va nada. Este mes trabajó mi hermano harto en hacer la iglesia de algunas piezas, y en acomodarle todo, que no teníamos nosotras que hacer después de acabado.»

«Á no estar aquí mi hermano, cosa de la vida se pudiera hacer», había escrito ya en abril de 1576 á la priora

¹ «Fundaciones», c. 25: el capítulo entero es de leerse.

de Valladolid. «Él ha padecido harto, y con ánimo en gastar y llevarlo todo, que nos hace alabar á Dios. Bien con razón le quieren estas hermanas, que ninguna ayuda han tenido, sino darnos más trabajo. Ahora está retraído por nosotras: y fué gran ventura no le llevar á la cárcel, que es aquí como un infierno, y todo sin ninguna justicia, que nos piden lo que no debemos, y á él por fiador. Acabarse ha esto en yendo á la corte, que es una cosa sin camino, y él ha gustado de pasar algo por Dios. En el Carmen está con nuestro Padre (el P. Gracián); que lo que llueve sobre él de trabajos es como granizo.»

Después de leído tan explícito y sincero testimonio de Santa Teresa, es imposible no considerar á Don Lorenzo de Cepeda como su cooperador principal en la fundación del monasterio de Sevilla y aun como segundo fundador de éste¹.

Diez años después se mudaron las carmelitas á otro paraje de la ciudad; pero esta casa, comprada por Don Lorenzo, en que instaló Santa Teresa á sus hijas, y que tan hermosa le parecía, subsiste aún con la misma puerta de entrada entre dos columnas dóricas, y el elegante patio interior con las suyas de mármol blanco, y la azotea desde donde se veía el Guadalquivir.

No se cansaba la Santa de encarecer las ventajas de esta adquisición, y así escribía al Padre Fray Ambrosio Mariano, uno de los primeros descalzos, muy conocido como arquitecto é ingeniero². «La casa es tal que no acaban las hermanas de dar gracias á Dios. Sea por todo bendito. Todos dicen que fué de balde; y así certifican que no se hiciera ahora con veinte mil ducados. El puesto,

¹ El P. Ribera (l. III, c. 6) dice: «En este tiempo Lorenzo de Cepeda gastó muchos dineros en acomodar la iglesia y algunas piezas de casa, que á no le traer Dios entonces, no pudieran hacer nada.» Véase también el Ilmo. Sr. Yepes, en su Vida de la Santa, l. II, c. 28.

² Carta del 9 de mayo de 1576.

dicen, es de los buenos de Sevilla... Ha sido una dicha harto grande topar tal casa. Con el alcabala tenemos harta contienda. En fin, creo se habrá de pagar toda. Mi hermano nos lo había de prestar, y anda en la obra, que me quita de harto trabajo. En el escribano fué el yerro de lo del alcabala. Nuestro padre está contentísimo de la casa, y todos... Hácese la iglesia en el portal, y quedará muy bonita. Todo viene como pintado... Dice el teniente, que no hay mejor casa en Sevilla, ni en mejor puesto. Paréceme no se ha de sentir en ella el calor. El patio parece hecho de alcorza. Ahora todos entran en él, que en una sala se dice misa hasta hacer la iglesia, y ven toda la casa, que el patio dé más adentro del servicio hay buenos aposentos, adonde estamos mejor que en la otra casa. El huerto es muy gracioso, las vistas extremadas. Harto nos ha costado de trabajo: mas todo lo doy por bien empleado, porque aún no pensé era cosa tan buena.» Y cuando después la priora andaba inquieta y deseosa de trasladar el monasterio á otro sitio, la Santa la reconvino. «¿Piensa», le dijo, «que es poco tener casa adonde pueden ver esas galeras? Por acá las tienen envidia, que es gran calidad para alabar á Nuestro Señor. Yo le digo, que si se ven sin ella, que ellas la echen menos.»¹

Nos hemos detenido en esta curiosa descripción de la casa, que nos fué dado visitar aún hace pocos años, recordando con viva emoción lo que allí sufrió, y el consuelo que tuvo Santa Teresa de Jesús, y cuánto se afanó por adquirirla y aderezarla su hermano Don Lorenzo, y cómo andaba entre ellos Teresita, miniatura de carmelita descalza.

¹ Carta á la M. María de San José, de 4 de julio de 1580. «Con motivo de la conspiración de los moriscos», dice D. Vicente de la Fuente, «habían acudido á Sevilla fuerzas de mar y tierra. Como desde el convento tenían vistas sobre el Guadalquivir, podían ver las galeras que habían subido desde Cádiz.»